

La "Gesta" de la Carabela "Niña II"

Judex.

El 19 de Septiembre se cumplió el año de la partida del Puerto de Palos de un puñado de valientes, que repitieron a bordo de una réplica de la carabela "Niña" la hazaña de los descubridores de América, llegando a Guanahani (isla de San Salvador) utilizando los mismos rudimentarios medios empleados hace 470 años por Cristóbal Colón y su gente. Es justo que en nuestras páginas se conmemore tal acontecimiento.

Locos, aventureros, héroes, llamémosles como se quiera, estos hombres de España han confirmado con sus peripecias en el Océano el mérito de sus predecesores en el viaje y bien merecen nuestra admiración en esta época del "comfort", en la que nadie se pone en viaje si no es rodeado de cuantos medios de comodidad y seguridad pone a su servicio la técnica moderna.

Gozaban, con todo, de una ventaja sobre Colón. El Almirante desconocía en absoluto todo lo que había del otro lado del mar, "mare ignotum" como le llamaron los romanos, y si no creía, como creyeron durante mucho tiempo los antiguos navegantes, que allá a lo lejos le esperaba un espantoso abismo, en el que se vería irremisiblemente arrastrado con sus frágiles naos, si temía hallarse con corrientes y vientos feroces. El capitán Etayo (que así se llama el nuevo Colón) sabía además que en un plazo prudencial había de encontrar tierra, y tierra no poblada por razas hostiles, —como las encontró a veces Colón— sino ocupadas por gentes civilizadas y que hablan su misma lengua y tienen las mismas costumbres hospitalarias de los españoles.

QUIENES CONSTITUYERON LA TRIPULACION DE LA NIÑA II.

Nueve hombres, en junto, fueron los que aceptaron arriesgarse en la dudosa empresa.

1. Carlos Etayo Elizondo, oficial de marina, que fue quien dirigió la construcción de la nave y la pagó a sus expensas.

2. El Padre Sagasetta, ingeniero y oficial, antes de hacerse sacerdote.

3. Nicolás Bedoya, lobo marino, el más viejo de todos los navegantes.

4. Antonio Aguirre, el cocinero del viaje, antiguo boxeador.

5. Manuel Darnaude, español y jugador de fútbol.

6. Miguel Vialars, francés, veterinario y "a bordo" el Doctor.

7. Roberto Marx, norteamericano, buceador submarino.

8. José Valencia, marino y pescador.

9. José Ferrer Robles, marino. Este se añadió a última hora en Palos.

EL PLAN.

—“Ya en 1957 se había intentado efectuar una travesía parecida por el Duque de Veragua —dice el capitán Etayo— pero no cuajó la idea. Yo, que la encontré estupenda, quise ponerla en práctica y empleé dos años en preparar la aventura”.

En efecto, Etayo había estudiado cuidadosamente las embarcaciones usadas por Colón y había encontrado que la carabela "Niña" había sido la más marinera y la que llevó la parte más importante en la navegación del Descubrimiento de América. Por eso la "Niña II" tendría —construida a su imitación— 13 metros de eslora máxima, 3,36 de manga, 1,96 de puntal en la cuaderna maestra y 93 metros cuadrados de velamen, con dos palos y dos aparejos, latino y redondo. La madera sería de encina y pino de los Pirineos y los clavos se forjarían a mano.

Como la travesía de Colón había durado 36 días, Etayo preparó víveres y agua para 50: bizcocho, leche, harina, vino, aceite de oliva, guisantes, habas; nada que no hubiera podido llevar Colón. Tan sólo se limitó a añadir al astrolabio que sirve para orientarse, un sextante que ayudara en caso necesario.

Recordemos aquí que los tripulantes de la famosa balsa "Kontiki" que pasaron felizmente de Chile a las islas de Oceanía, disponían de una emisora de radio que les permitió estar en continuo contacto con el resto del mundo. Etayo no quiso admitir ni un mal receptor de onda corta.

COMIENZA EL VIAJE.

El 19 de Septiembre partió la Niña II del puerto de Palos, saliendo a lo largo de la Rábida por sus propios medios, esto es: arrastrada por el botecito de a bordo en el que remaban dos hombres, mientras los demás ayudaban desde la misma nao, hasta que el viento comenzó a hinchar las velas.

Un disparo del cañoncito de a bordo fue la señal que marcó el comienzo del viaje frente al monumento a Colón al que los tripulantes saludaban conmovidos, mientras Etayo, cara al mar abierto, maniobraba al "gubernalle". Antes el capellán por última vez, había dicho misa en el convento franciscano de La Rábida, lugar cargado de recuerdos y glorias del pasado. En tierra quedaban parientes y amigos, agitando gorras y pañuelos.

EN LAS ISLAS CANARIAS.

Magallanes, en su inmortal viaje de circunvalación, había llegado también a estas "Islas Afortunadas" llevando a bordo a Juan Sebastián Elcano, vasco de Guetaria, que concluiría el viaje a la muerte de aquél. También Etayo y su gente habían salido de Guetaria y bordeado las costas portuguesas hasta dar con el estuario del Guadalquivir. Aquel primer encuentro con el Océano les sirvió para corregir algunos defectos: se habían podrido varios sacos de alimentos que hubo que tirar por la borda y solos veinticinco días de viaje habían acabado con muchas cosas. Incluso el agua se había corrompido.

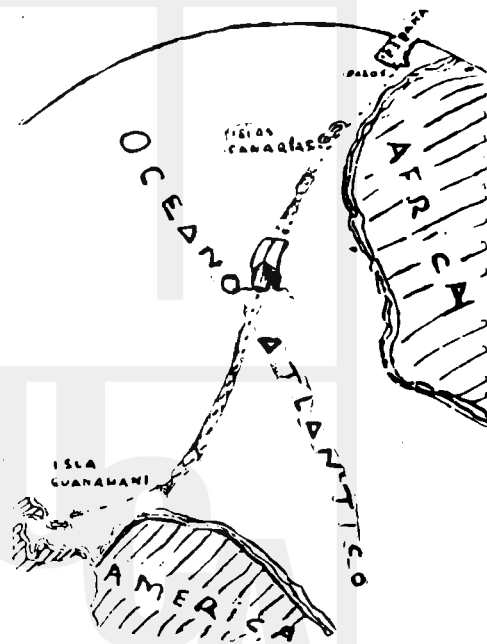
"La falta de agua desde el cuarto día de esta pequeña travesía —dijo Etayo— fue superada a base de resistencia y de la ayuda casual recibida de algunos buques que encontramos en nuestro camino. Fue un combate en el que la "Niña II" supo de nieblas y de sustos, de vendavales y de calma chicha, de sol y de sed".

PRIMERAS PERIPECIAS.

En Las Palmas se embarcaron frutas frescas y agua clara, amén de dos nuevos "compañeros de viaje": un gatito y una cabra. Pero todo ello no sirvió de mucho. Pronto el cocinero Antonio Aguirre comprobó con dolor que las pipas dejaban escapar el agua y que los tomates canarios se echaban a perder con la misma rapidez que los melones andaluces. Hubo que arrojar éstos al mar y racionar el agua severamente.

A los dieciséis días de navegación se presentó un problema más grave. El mismo barco comenzó a hacer agua por una grieta bajo la línea de flotación. Tocó el turno a Marx, el antiguo fusilero marino y buceador experimentado. A tientas en el agua salada Marx descubrió el sitio por donde ésta se colaba a chorros: una cuaderna de la quilla se había desclavado. Subió a la superficie y gritó a Bedoya, el viejo

lobo marino, que le cortara un buen taco de madera para taponar el boquete. No de mejor modo se hacían las reparaciones de los gloriosos galeones españoles en tiempos pasados. Entre tanto el "gringo" había vuelto a sumergirse y, acordándose de la historia de aquel holandés que puso su dedo en el agujero de un dique y con ello salvó a Holanda de una inundación, introdujo él su pulgar por la brecha. Pero esta solución "de emergencia" no podía durar mucho. Mientras la "Niña II" subía y bajaba a lomos de las olas, Marx que se asfixiaba quiso volver al aire libre, pero no pudo hacerlo. Su dedo había quedado prisionero en la grieta. En vano jaló, empujó, forcejeó hacia un lado y otro. En vista de lo inútil de sus intentos, echó mano de su cuchillo para cortarse el dedo y ya iba a hacerlo cuando pensó que, en todo caso, más valía cortar la madera al rededor que sacrificar su pulgar. La "Niña II" cabeceó de nuevo levantada por otra ola y Roberto Marx pudo liberarse de su cautiverio. Entonces Bedoya le alargó la cuña y en pocos segundos quedaba introducida en la fisura. La carabela se había salvado!



¿SEGUIMOS ADELANTE?

Mientras Marx evolucionaba bajo el casco, Carlos Etayo, el capitán de la "Niña", tomaba la altura del sol con el astrolabio. Cuando Marx subió de nuevo a bordo le halló cariacontecido. Carlos le tomó aparte y le dijo:

"Nos hemos desviado mucho y creo no podemos continuar sin advertir a los demás cuál es nuestra situación".

Aquella noche, a la luz de la mechas de aceite colocadas sobre tarros de vidrio, se vació una botella de jerez y se repartieron unos trozos de tabla a todos los tripulantes.

“Los que quieran continuar el viaje a América echarán su dado al mar. Los que prefieran hacer rumbo a África, que está aún cercana, los depositarán en la escudilla donde come la cabrita. Decidirá la mayoría de votos”.

Pero la escudilla quedó vacía y a la madrugada un viento fresco empujó a la “Niña II” en derechura al Nuevo Mundo.

ESCASEAN LAS PROVISIONES.

La comida era cada vez peor y más escasa. Entonces Miguel Vialars tuvo una idea. El “plancton”, alimento marino del que se nutren los peces, podría constituir una solución, y con ayuda de sus compañeros pronto sacó una red llena de una especie de barro gelatinoso y blanquecino de muy mal olor.

“El plancton! Es mejor que el caviar”, —dijo para animarlos. Pero nadie pudo tomar más que la primera cucharada, porque los ardores que este nuevo “manjar” les produjo en la boca y en el estómago les hizo devolver por la borda todo lo que tenían dentro. Lo que habían creído ser “plancton” eran centenares de pequeñas medusas.

Tal fracaso les hizo volver sus ojos hacia la cabrita que, ignorante de sus propósitos, mordisqueaba tranquilamente algunos trozos de cuerda vieja. Era el día 40 de navegación cuando se le sirvió su última comida de condenado a muerte, y a continuación José Ferrer Robles hubo de hacer el “sacrificio”, no sin que le temblara el pulso como si estuviera cometiendo un crimen. ¡Tanto se habían acostumbrado a la compañía de aquel animalito inofensivo! Se frió la sangre, se cocieron los intestinos, la carne fue asada y la misma piel se conservó con cuidado en previsión de días peores.

Quedaba la gatita “Linda”. Pero nadie pensó en hacerla seguir la misma suerte. Sus carreras y saltos por entre los enseres de cubierta y sus trepadas a los mástiles entretenían a todos en sus ratos de inacción. Pero un buen día, el 50 de navegación, “Linda” no apareció. Fue inútil buscarla desde el botolón de proa a la baranda de popa y desde la cala al tillado. Sin duda que, en su atrevimiento inocente, se había arriesgado demasiado y un bandazo dió con ella en el Océano.

HUMO!... TIERRA!...

Hacia el día 59 los vientos alisios, los mismos que impulsaron a las carabelas de Colón hacia las playas americanas, hicieron su aparición y

con ellos renació la esperanza y se acercó el fin de la aventura.

El 20 de Diciembre alguien que oteaba el horizonte dió un grito. No pudo decir “Tierra a la vista!” como Rodrigo Sánchez de Triana, el marinero de “La Pinta” en el primer viaje inmortal, porque lo que veía era otra cosa. Era una columna de humo blanco que se elevaba al cielo y un chorro de llamas en movimiento ascendente. Gritó pues: “Humo y fuego a la vista!”. Todos sus compañeros confirmaron con júbilo el fenómeno, añadiendo al punto: “Eso es Cabo Cañaveral!”. Y así era en efecto. A unos miles de millas al Oeste, los estadounidenses practicaban desde el continente americano sus disparos de cohetes siderales. El encanto de la experiencia vivida por aquel puñado de hombres quedaba deshecho con la aparición súbita de aquella “nueva” civilización, que les hacía guiños desde las playas del “otro” mundo. Pero, deshecho o no, aquel humo blanco fue recibido con alivio, semejante al que Colón experimentó a la vista de las primeras aves marinas y ante las templadas corrientes de las aguas que denunciaban la proximidad de “tierra firme”.

Pocos días después avistaron la graciosa silueta de las montañas y las playas de la isla que los indígenas llamaban Guanahani y a la que Colón bautizó con un nombre venerado: la isla de San Salvador, y finalmente el día 26 de Diciembre, cuando aún no se había extinguido el campaneo jubiloso con que la Cristiandad celebraba el Nacimiento del Señor, desembarcaban frente a la actual aldea de Arawak, por la misma abertura de riscos costeros por la que 470 años antes desembarcara Colón. Los actuales habitantes, sabedores de su llegada, habían construido chozas y ranchos al estilo del tiempo del descubrimiento y encendido hogueras, como lo habían hecho sus predecesores para facilitar el desembarco de Colón. Por su parte los nuevos “descubridores” se presentaron también ataviados con trajes de la época y —como lo hiciera el gran Almirante de Castilla,— rodilla en tierra, adoraron la cruz que portaban junto con el pendón de Castilla y dieron gracias a Dios por el feliz término de su empresa.

No hace falta añadir que los habitantes de la isla repitieron, mejoradas si cabe, las pruebas de sincera hospitalidad que los antiguos guanahaníes tuvieron con los españoles del siglo XV.

“Estas son cosas que hacen los españoles, una vez cada cuatrocientos años” —se dice que comentó uno de ellos.

¡Gloria y honor a los simpáticos “descubridores” del siglo XX!